Los intelectuales en España, de la dictadura a la democracia (1939-1986)

Javier Muñoz Soro

Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/bhce/479>

DOI: 10.4000/bhce.479

ISSN: 1968-3723

Editor

Presses Universitaires de Provence

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 diciembre 2016

Paginación: 15-32

ISSN: 0987-4135

Referencia electrónica

Javier Muñoz Soro, « Los intelectuales en España, de la dictadura a la democracia (1939-1986) », *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* [En línea], 50 | 2016, Publicado el 09 octubre 2018, consultado el 10 diciembre 2020. URL : <http://journals.openedition.org/bhce/479> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/bhce.479>

Los intelectuales en España, de la dictadura a la democracia (1939-1986)*

Javier MUÑOZ SORO

Universidad Complutense de Madrid

Los intelectuales de la victoria

En los últimos años hemos asistido a un notable auge de los estudios sobre los intelectuales, que podemos atribuir a la onda larga de renovación de la historia cultural, pero también, en lo que atañe al caso español, a un interés algo más idiosincrásico por buscar las raíces de nuestra actual democracia. Por fuerza esta arqueología de la cultura democrática en casi cuarenta años de dictadura suscita polémica, al igual que lo ha hecho en todos los países europeos que han conocido experiencias semejantes de violencia y totalitarismo, aunque sean más breves o distantes en el tiempo. Aquí, además, con la particularidad de que la guerra fue el principio y no el final de la historia, una ruptura traumática y de efectos prolongados con el mundo anterior y exterior sólo comparable a la de algunas naciones de Europa del Este. Resulta por eso difícil, como mínimo, hacer una historia de los intelectuales durante la dictadura de Franco semejante a la de gran parte de la Europa surgida tras el final de la Segunda Guerra Mundial, cuando los intelectuales volvieron a disponer del marco más o menos abierto de pluralismo político y libertad de expresión que había hecho posible su nacimiento como sujetos históricos.

En España la guerra civil destruyó un debate construido durante las tres primeras décadas del siglo XX con dificultades, sin duda, pero con una amplitud y unos resultados equiparables en calidad a los conseguidos en otras naciones europeas. El final de la llamada «República de los intelectuales» provocó la muerte, el exilio o la depuración de miles de ellos, profesores, escritores, artistas, periodistas y profesionales liberales, dejando un vacío difícil de llenar aunque otros ocuparan su lugar. Con una retórica enfática y apodíctica se proclamó entonces el resurgir de la nación tras varios siglos de decadencia, se sentaron las bases todavía bastante precarias de un Nuevo Estado y se procedió por vía de urgencia a la restauración católica de la sociedad. Un adanismo político que no podía serlo tanto en lo cultural, cierto, aunque ya nada iba a ser como antes.

Los intelectuales franquistas eran los monárquicos, conservadores y católicos de antes de la guerra, al menos los que no habían sucumbido en la oleada de violencia, a quienes se había sumado una nueva leva de jóvenes falangistas. La posibilidad de que se afanzara

* Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto de investigación HAR2008-05949/Hist, financiado por el Ministerio español de Economía y Competitividad, con Miguel Ángel Ruiz Carnicer como investigador principal.

dentro del régimen republicano un catolicismo sociopolítico, de masas y posibilista, el expresado a través de la CEDA o de iniciativas como *El Debate* de Ángel Herrera Oria, quedó truncada por la guerra, de la que resurgió el catolicismo más integrista renovado por un anhelo vitalista y palingenésico de totalidad. Como ha señalado Ferrán Gallego, el totalitarismo significó para todos ellos, los intelectuales católicos y falangistas, un punto de referencia esencial, aunque sólo fuera como una etapa necesaria para la superación del liberalismo y la eliminación de las discrepancias entre la sociedad y el Estado. La guerra entendida como «solución» propició la síntesis de un «fascismo católico», en sus versiones más extremas, y de un catolicismo «a la española», es decir, fundado en la unidad política y religiosa, que teorizaron autores como José Pemartín. Esa ambición de síntesis, como idea y como programa de acción, la encontramos en muchos jóvenes que, desde militancias distintas, caso de Joaquín Ruiz-Giménez o Santiago Montero Díaz, acabarían sumándose a la sublevación antirrepublicana.

Muchos católicos no tuvieron empacho durante esos años en proclamarse «fascistas» o «totalitarios», precisamente porque su acendrado catolicismo les ponía a resguardo a las admoniciones que llegaban desde Roma sobre los excesos de un estatismo paganizante que pretendía hacer del fascismo una verdadera religión política. De hecho, la convergencia fue tanto la de un falangismo que desde el principio había proclamado la esencia católica de España, aunque no la pusiera al centro de su programa político, como la de un mundo católico que había impuesto su interpretación de la guerra como «cruzada» y que, cabalgando sobre un lenguaje de reconquista, mostraba el firme propósito de utilizar el Estado totalitario para llevar a cabo la restauración de un orden moral católico. Fulvio de Giorgi ha interpretado esta metáfora bélico-militar eclesial como un elemento ambiguo tanto de superposición a los lenguajes totalitarios de la política, como también de alternativa-contraposición. Al final lo llamativo sería que la Iglesia católica no cumpliera la función de contrapeso del totalitarismo que por una simple lógica de dualidad de poderes, y más allá de su propio mensaje profético, le asigna la conocida tesis de Juan J. Linz.

Pero, ¿muchos de aquellos intelectuales fueron fascistas de verdad, o sólo actuaron como tales? La pregunta, así planteada, no tiene mucho sentido y, sin embargo, ha planeado sobre los interminables debates historiográficos acerca de la naturaleza del franquismo o su mera funcionalidad, como si la naturaleza de un sistema no estuviera determinada en gran medida por su función. El concepto de «fascistización» de las derechas tradicionales, ya utilizado por Ledesma Ramos, es aquí clave para conservar la autonomía del fascismo, su «verdad» como religión política y proyecto político totalitario, en la línea que ha defendido Emilio Gentile, tratando así de evitar su vaciamiento de significado. Lo cual no significa postular la existencia de una esencia original o un programa interno del fascismo, ni su extremo opuesto, es decir, ocuparse sólo del régimen y sus instituciones, como a menudo ha hecho la historiografía española, dando la imagen estática de un sistema en equilibrio entre distintas «familias» mantenido gracias a la proverbial astucia de Franco (con el Ejército a sus espaldas).

Si la doctrina del fascismo se construyó a lo largo de un proceso desarrollado al menos en tres niveles distintos –como movimiento social, como partido y como régimen político– donde ideología y acción se alimentaban mutuamente, en el franquismo cambió respecto a otros casos el peso relativo de cada uno de ellos. Y en ese proceso de «construcción» de un régimen y su doctrina el papel de los intelectuales fue central. Robert O. Paxton ha advertido del peligro de estudiar el fascismo a través de sus intelectuales, dado el pragmatismo y la naturaleza profundamente ecléctica del fenómeno fascista, que también han destacado otros

especialistas como Roger Griffin o Zeev Sternhell. Pero el fascismo fue en gran medida una elaboración intelectual, por más que se vistiera bajo las formas del irracionalismo o del antiintelectualismo vitalista, pues concedió a la propaganda y los medios de comunicación social más importancia que cualquier otro sistema político anterior.

El antiintelectualismo de los intelectuales

Que se haya asociado al intelectual con la izquierda desde su surgimiento como actor histórico en las sociedades modernas y, sobre todo, en su momento de máximo prestigio entre los años cincuenta y setenta del pasado siglo, no significa que no pueda hablarse de intelectuales de derecha, católicos o falangistas. En la Europa de la brutalización de la política y de los totalitarismos el «intelectual orgánico», según lo definió Gramsci, ocupó el lugar de los intelectuales liberales, aunque fuera traicionando su misión histórica como denunciara Julien Benda. El antirracionalismo romántico y el irracionalismo vitalista que están en la base del antiintelectualismo tienen una tradición intelectual demasiado larga, anterior al surgimiento del fascismo y no sólo patrimonio de la derecha, como para despacharlo como un simple producto del reaccionarismo, de una falsa conciencia o del resentimiento, aunque algo de esto también hubiera.

Es verdad que en el caso español el antiintelectualismo tuvo un destacado componente católico reaccionario, que veía en los intelectuales una versión secularizada de la figura y la palabra sagrada del sacerdote, mezclado con un vitalismo machista que tenía más de brutalidad legionaria que de nietzscheanismo filosófico fascista filosófico. De ahí que unos «clérigos» (*clerics*) señalaran a los otros como grandes culpables de los males de la modernidad, de envenenar las almas, y de ahí también que el conflicto cultural, en particular sobre la educación, llegara a ser central en la experiencia republicana y en la represión franquista. Aunque fuera sólo discursivamente, el franquismo se mostró mucho más comprensivo con las reivindicaciones sociales de la izquierda marxista que con los proyectos liberales, republicanos o socialistas de secularización social. Algo que, como veremos a continuación, enlazará con la polémica de los años cincuenta, la que enfrentaría a un grupo de intelectuales falangistas antiliberales, pero herederos de una tradición secular, con quienes atentaban «contra la inteligencia misma como forma de distinción humana», como denunció Dionisio Ridruejo («La culpa a los intelectuales», *Revista*, nº 65, 1953).

Otra cosa es que hubiera distintos niveles y campos en la acción intelectual, como sucede en la actualidad. En el franquismo abundaron los publicistas, algo lógico cuando la función polémica y propagandística dominaba sobre cualquier otra, cuando hasta los periodistas más fieles mostraron su disconformidad por los rígidos límites dentro de los cuales tenían que hacer su trabajo y cuando la propia docencia universitaria estaba coartada incluso en temas muy lejanos, al menos en apariencia, de las ideologías políticas. Pese a ello no faltaron espacios internos de debate y de teorización doctrinal, como el Instituto de Estudios Políticos, en los que confluyeron aquella amalgama de ex liberales, falangistas, católicos y conservadores fascistizados que fue la *intelligentsia* franquista. Una amalgama de grupos con tradiciones y objetivos distintos, incluso enfrentados, pero amalgama al fin y al cabo por la funcionalidad que iba a tener, gracias también a esa diversidad interna, en la construcción de una ideología del franquismo que consiguió adaptarse a las cambiantes circunstancias históricas, sin renegar de las ideas anteriores. Al revés, subrayando la coherencia más o menos verdadera con lo que siempre habría estado allí, dentro de un amplio repertorio de ideas a disposición.

Como sabemos por estudios recientes, como el de Hugo García, la contribución de los intelectuales fue importante desde el primer momento para los sublevados contra la República en una paralela guerra de propaganda, y lo siguió siendo después con la incorporación de los jóvenes intelectuales falangistas, de los no menos jóvenes profesores de Acción Católica en la coyuntura de 1945 y de los llamados «tecnócratas» del *Opus Dei* desde 1957. Lo fue para su legitimación dentro del país como para su legitimación internacional, primero con las potencias del Eje y luego para mantener el apoyo de la opinión pública conservadora y católica mundial en el contexto de la guerra fría, una operación muy rentable a medio plazo que sólo el inmovilismo y el empecinamiento en la represión acabó por arruinar en los años sesenta. Por supuesto, pues no podía ser de otra manera, los intelectuales militantes de los años republicanos y de la guerra no tardaron en convertirse en funcionarios al servicio del régimen, de manera semejante a lo ocurrido en el caso italiano o alemán, como señaló Mario Isnenghi. Si bien la predilección del franquismo por los funcionarios de carrera —profesores y juristas, principalmente— más que por los «literatos» le acercara más al modelo portugués (Costa Pinto) que al italiano (G. Belardelli), aunque con una mayor presencia militar en el aparato burocrático.

Por todo ello, el estudio de los intelectuales en el franquismo se convierte en un campo de investigación fundamental para entender esa dualidad entre un régimen que se construyó desde la violencia y la represión, recurriendo a los instrumentos totalitarios de poder, mientras en su interior se superponían y competían al mismo tiempo por la hegemonía dos proyectos que no lograron imponerse totalmente: el nacionalismo fascista de los intelectuales falangistas y el nacionalcatolicismo defendido por los monárquicos reaccionarios herederos del grupo-revista *Acción Española*. Una «religión política» secular enfrentada a una «teología política» que hacía derivar la organización social de la doctrina de la Iglesia, que identificaba la ciudad divina con la terrenal. Enfrentamiento muy atenuado, en el caso español, por la coincidencia en el sentido católico de la existencia.

Como ha señalado Ismael Saz, la inicial «fascistización» de las derechas, la búsqueda de una síntesis española y original, o la permanente apelación a la unidad no impidió que la historia de la dictadura estuviera atravesada desde el principio hasta casi el final por esa dinámica de competencia-superposición. La cual, renovándose en el tiempo, alimentó por un lado al régimen en las cambiantes circunstancias internacionales y, por otro, alimentó sendas culturas políticas que se proyectaron, más allá de la institucionalización y la lucha por (todo) el poder político, con su propio capital simbólico. No puede extrañar así que las palabras —«monarquía», «república», «liberalismo», «democracia», «política», «partido», «integración» o «asociacionismo»— acabaran saturándose de significado, en gran medida espurio o utilizado como arma arrojadiza: eran la única forma, junto al Boletín Oficial del Estado, de hacer política dentro del sistema.

En suma, este esquema interpretativo debe articularse teniendo en cuenta el peso real de los diversos grupos intelectuales durante el franquismo y una perspectiva más constructivista de un régimen que elaboró su doctrina a través de crisis sucesivas y la depuración de sus alternativas más radicales (entendiendo como tales las más decididas a marcar una orientación política al conjunto del sistema). Desde esta perspectiva, la «fascistización» no sería, o no sería solo, un proceso epidérmico que ya en una fecha tan temprana como 1942 habría comenzado a desteñirse, sacando a la luz la verdadera naturaleza católica, reaccionaria y pragmática de gran parte de los intelectuales-políticos franquistas. Consistiría más bien en la adopción de una serie de fórmulas políticas, doctrinales y simbólicas, que sin duda perdieron centralidad por los cambios de coyuntura internacional, pero que en

ningún caso fueron desechadas, quedando como una base fundamental para la definición del régimen, la construcción del consenso y el reclutamiento de cuadros hasta bien entrados los años sesenta, como ha estudiado Carme Molinero.

La polémica cultural y los «falangistas liberales»

La polémica cultural de los años cincuenta enfrentó a dos grupos intelectuales bien definidos, como puede verse en los artículos de Sara Prades y Antoni Raja en este mismo monográfico. Por un lado los «ridruejos», como los llamó Franco, y los jóvenes intelectuales del SEU reunidos en torno a revistas como *Alfêrez*, *Alcalá* o *Laye*, con el apoyo circunstancial del sector legitimista de FET y de las JONS hasta el cese de Raimundo Fernández Cuesta en 1956. Junto a ellos una parte la familia católica «propagandista», que había sido fundamental en la coyuntura de 1945, aunque ahora escindida por el apoyo de algunos de sus más valiosos intelectuales, en particular Joaquín Ruiz-Giménez, ministro de Educación Nacional, al espíritu «comprensivo» de sus camaradas falangistas. Por otro lado, con un amplio apoyo de las altas jerarquías eclesiásticas y militares, los intelectuales del grupo *Arbor* con Rafael Calvo Serer y Florentino Pérez Embid a la cabeza, fuertes en el CSIC y otras plataformas de acción cultural como el Ateneo de Madrid, de las que salieron algunos de los llamados «tecnócratas» del *Opus Dei* que entraron en el gobierno en febrero de 1957, caso de Laureano López Rodó.

Santos Juliá ha hablado de dos «relatos», a la manera de Lyotard, agotados tras sus respectivas y sucesivas derrotas políticas a mediados de los años cincuenta. Por su parte, José Carlos Mainer, Jordi Gracia o Elías Díaz han puesto en duda la equiparación de ambos relatos y han destacado ciertas líneas de continuidad liberal del proyecto falangista por encima de su fracaso político. Sin embargo, como señala Ismael Saz en su texto para el presente monográfico y basándose en Roger Griffin, más bien debería hablarse de continuidad de los intelectuales falangistas con la cultura secular, lo que les llevaría, pese al común antiliberalismo, al enfrentamiento con los intelectuales reaccionarios que identificaban la tradición liberal con la secular para negar ambas. Una diferencia que explicaría también en gran medida los itinerarios intelectuales sucesivos: los primeros a través de una lenta recuperación del liberalismo, la democracia y otros valores presentes en la cultura secular; los segundos reafirmando su compromiso con la dictadura o, en pocos casos, como el de Calvo Serer, distanciándose de ella desde el apoyo a la causa de la restauración juanista y la disidencia interna con el mantenimiento en el poder de Franco.

La batalla cultural del falangismo se había planteado después de ver cómo se esfumaba la posibilidad de orientar el Nuevo Estado en sentido totalitario, alineándolo con las potencias fascistas. El grupo de intelectuales falangistas que Serrano Súñer había llamado para hacerse cargo de los medios de propaganda promovió en los años cuarenta, sobre todo desde la revista *Escorial*, un proyecto de síntesis superadora del pasado que recordaba al promovido en Italia por el filósofo y ministro de Instrucción Pública, Giovanni Gentile. Este abogaba por integrar la cultura nacional en su conjunto dentro del nuevo espíritu de la Italia fascista, más que por imponer una propia cultura fascista, porque consideraba al fascismo como heredero y superador del liberalismo. Un proyecto que chocó con la Iglesia y con los sectores que sostenían una línea cultural basada precisamente en lo contrario, en la depuración de los elementos no fascistas, de ahí que, a posteriori, fuera interpretado en términos «liberales».

Un malentendido semejante ha dado lugar en el caso español al debate sobre un presunto «falangismo liberal». El proyecto cultural del grupo de intelectuales falangistas estuvo muy lejos de ser liberal y no podía ser de otra manera considerando la incompatibilidad fundamental con sus premisas ideológicas fascistas y totalitarias. Ni siquiera cuando se despojó de ellas tras el final de la Segunda Guerra Mundial y en la nueva oportunidad que tuvo en los años cincuenta se expresó en términos liberales, sino de unidad política y cultural. La consolidación del régimen propició que el sustancial acuerdo que había unido a los intelectuales franquistas por encima de sus diferencias diera paso a un conflicto abierto, por primera vez con cierta visibilidad pública. Fue la trayectoria posterior de algunos de esos intelectuales la que les llevó a buscar en esos años las semillas de su evolución, con el propósito de construir un itinerario biográfico coherente, de manera no muy distinta a como hicieron muchos intelectuales tras la caída del fascismo. También ellos crearon el oxímoron del «fascismo antifascista», el de quienes decían haber creído equivocadamente en el fascismo como expresión política de sus ansias de justicia social que más adelante, tras la guerra y la derrota, desembocarían en el Partido Comunista.

Además, al norte de esta «punta de Europa», la derrota del Eje y el triunfo de las democracias liberales dejaban huérfanos por igual a los falangistas y a los católicos autoritarios, por más que el régimen de Franco se empeñara todavía en presentarse como modelo. Falangistas como José Antonio Maravall o Luis Díez del Corral, formados en el liberalismo orteguiano, reinterpretaron la herencia liberal europea a la luz del nuevo rumbo marcado por el intervencionismo del Estado, y hasta Calvo Serer se acabó convenciendo tras sus viajes por Europa y Estados Unidos de la capacidad de las nuevas democracias para garantizar el orden e incluso defender de los intereses de la Iglesia. Al final la apertura al exterior propiciada por el afianzamiento internacional del régimen y la reacción provocada por la política de Ruiz-Giménez en el Ministerio de Educación Nacional provocarían el alejamiento de una buena parte de los jóvenes intelectuales socializados en las filas y las revistas del falangismo universitario.

La «generación del 56»

Como escribe Francisco Morente, se ha intentado hacer de la llamada «generación del 56» prácticamente el eje vertebrador de los cincuenta años de historia española que siguieron a su aparición en la vida pública y, consiguientemente, del largo aprendizaje de la democracia. Pero más que el papel político que iba a desempeñar en adelante esa juventud con marcada conciencia generacional, lo que ha suscitado polémica ha sido la supuesta función de puente entre el pasado y el futuro de sus maestros falangistas o católicos que, también por entonces, comenzaron a distanciarse de la dictadura. Como había ocurrido una década antes tras la caída de los fascismos europeos, muchos de esos jóvenes hablaron de una generación de huérfanos o con unos maestros «de barro», según la conocida expresión de Juan Benet.

Otros, por el contrario, sí han reconocido en su magisterio un referente no ya solo de su maduración intelectual, sino de su descubrimiento de una razón liberal, entendida en un amplio sentido. José Luis Abellán ha escrito que los protagonistas de los sucesos de 1956 no surgieron por generación espontánea y entre los maestros influyentes para su generación destaca a los profesores Tierno Galván y Aranguren, igual que Antonio Elorza, Jaime Pastor y José Álvarez Junco citan a los profesores Antonio Maravall y Luis Díez del Corral; Ignacio Sotelo a Ridruejo y Laín Entralgo; Elías Díaz, Gregorio Pecez-Barba,

Virgilio Zapatero y otros jóvenes redactores de la revista *Cuadernos para el Diálogo* a Joaquín Ruiz-Giménez; Javier Muguerza y Rubert de Ventós a Aranguren y José María Valverde; Francisco Rico y José Carlos Mainer a Martín de Riquer, o Gabriel Tortella a Alberto Ullastres. Referentes en la nueva navegación emprendida durante los años sesenta, después de haber pasado por el entusiasmo de la victoria en los cuarenta y por el desencanto político en los cincuenta, quizás dominados por un ansia de responsabilidad y un considerable sentido de culpa, como ha escrito Shirley Mangini, pero poco dados, salvo contadas excepciones, a reflexiones autocríticas, probablemente porque tampoco sintieron un imperativo moral en ese sentido.

El debate historiográfico sobre esos intelectuales procedentes del franquismo y su intermediación entre la cultura anterior a la guerra y las nuevas generaciones que construyeron la democracia es, seguramente, el de más calado entre los que se han planteado sobre el antifranquismo. Libros como *Historia de las dos Españas*, de Santos Juliá, y *La resistencia silenciosa*, de Jordi Gracia, han renovado un debate que venía de lejos sobre la cultura en el franquismo, sus «eriales» y «oasis». Pero ahora no se trata tanto de valorar su relevancia intrínseca ni en relación con el exilio, sino de contestar a la pregunta que, entre otros, ha formulado Antonio García Santesmases: ¿dónde se encuentran las raíces morales e intelectuales de nuestra democracia? Pero su respuesta plantea a los intelectuales, muchos de ellos protagonistas de la lucha contra el franquismo y de la transición a la democracia, un interrogante al mismo tiempo sobre su propio pasado.

El pasado oculto de los intelectuales forma parte de la historia cultural europea, como ha vuelto a recordar no hace mucho tiempo el caso de Gunter Grass, y también en España se ha polemizado públicamente sobre el ocultamiento que Camilo J. Cela, Aranguren y otros intelectuales habrían hecho de su colaboración con la dictadura. Según García Santesmases es «terrible e injusto» hacer esa equiparación de todos los que colaboraron con el régimen, porque «se les acaba estigmatizando como nazis arrepentidos», lo que habría provocado que «muchas de estas figuras quedaran sepultadas en el olvido» (aunque numerosos homenajes públicos, periodísticos e institucionales parezcan desmentir, o al menos atenuar, esa idea del olvido). Así, Elías Díaz o Gregorio Peces-Barba han lamentado a menudo que la democracia no haya hecho justicia a la memoria de su maestro, Joaquín Ruiz-Giménez, aunque no le votaran llegado el momento de las primeras elecciones libres, como ellos mismos han explicado.

Las necrológicas de Ruiz-Giménez, fallecido en agosto de 2009, repitieron esa idea de que los españoles no «apoyaron ni le agradecieron suficiente lo que había hecho para educar a las multitudes como apóstol de la libertad», así como su papel de «puente entre las dos Españas, ésas que helaban el corazón de los españolitos» (no obstante tuviera «la ingenuidad de confiar en la evolución hacia la democracia del régimen dictatorial franquista»). Tal déficit de reconocimiento por las instituciones democráticas sería debido, según García Santesmases, al recambio generacional de casi todos los partidos políticos de izquierda en la Transición, pero también a que «la derecha más reaccionaria los sigue viendo como traidores» y «la izquierda más joven los ve perdidos en la bruma de los años cuarenta y cincuenta (en los tiempos del erial)».

En cuanto a la primera, la derecha neoliberal y neoconservadora, sus medios de comunicación tratan de construir un «anti-antifranquismo» por boca de algunos intelectuales procedentes de la izquierda, caso de Pío Moa, para quien «los Laín Entralgo, López Aranguren, Tovar y Haro Tecglen publicaban en *El País*» —dato que parece explicarlo todo por sí solo— y «cuando murieron se les despidió con coronas de elogios, procurando —ya

entonces funcionaba la memoria histórica— olvidar su pasado». Para Agapito Mestre, «en estos tiempos en que es tan fácil ser antifranquista, hay una funesta manía de presentar a Ridruejo por encima de su etapa falangista y franquista». El ejemplo más representativo de esa posición es el libro *Yo tenía un camarada. El pasado franquista de los maestros de la izquierda*, donde el ex comunista César Alonso de los Ríos recuerda una vez más, y con énfasis parecido al *Florilegio* franquista sobre «los nuevos liberales», la ocultación que los intelectuales franquistas reconvertidos en maestros de la izquierda habrían hecho de su pasado.

También algunas voces de la izquierda vinculada al movimiento de la memoria histórica han criticado esa búsqueda de una evolución «silenciosa», como la ha definido Jordi Gracia, porque las actitudes disidentes ahora reveladas no coinciden con los comportamientos públicos de entonces. También han criticado la pretensión de hacer del liberalismo la única línea que, a través de esos intelectuales, habría conectado con lo anterior y dado continuidad al pensamiento democrático hasta la Transición. Al escritor Benjamín Prado le parece «inmundo» el *Descargo de conciencia* (1976) de Pedro Laín Entralgo, y una vergüenza que se hable «como un campeón de la democracia de Dionisio Ridruejo» cuando existen Lorca, Miguel Hernández o Machado y miles de fusilados en las cunetas. La posición de Jordi Gracia o Javier Cercas ha sido definida por Jordi Font, director del *Museu Memorial de l'Exili*, como un «revisionismo centrado», se supone que para diferenciarlo de otro peor, que además de la fascinación por semejantes personajes se empeña en «encontrar liberales en el bando vencedor [...] con el fin de colocarlos en la columna vertebral del movimiento democrático» al mismo tiempo que omiten el impacto que tuvo la izquierda vinculada al movimiento obrero y a las clases subalternas.

En un reciente libro, Mari Paz Balibrea ha escrito que «darles tanta importancia política a estos intelectuales desfigura, simplificándola, la naturaleza compleja de la resistencia al franquismo e instituye como hegemónica —aún más, como única— la vía liberal en tanto forma legítima de reconexión con la razón democrática y social de pre-guerra en una punta y con la del postfranquismo en la otra». En su opinión,

posturas como la de Gracia, explícita o implícitamente, minimizan la validez para el período actual de la herencia de otras visiones políticas que proceden de la República, descalificándolas al identificarlas con actitudes radicales que continúan utilizando un lenguaje obsoleto (revolución, lucha de clases) o ingenuamente utópico, o bien al identificarlas en bloque con el extremismo sectario responsable de la Guerra Civil.

Lo malo de esta perspectiva es que, al presuponer que la elección del objeto de estudio determina las conclusiones, distinguiendo así entre temas buenos y malos, acaba convirtiéndose en un juicio de intenciones al autor, incluso cuando este no es consciente de su propia culpa.

El diálogo intelectual con y desde el exilio

Este debate afecta también al lugar que ocuparon los intelectuales liberales del exilio de 1936 —en particular Ortega y Gasset, objeto de la crítica de Gregorio Morán en *Un maestro en el exilio*— y los republicanos del exilio de 1939. La idea de una «tercera España» ha sido utilizada a menudo en las interpretaciones sobre los orígenes de la democracia. Así, en una reciente exposición sobre Gregorio Marañón, se podía leer que «sus reiterados testimonios en favor de la reincorporación de los exiliados a la vida española, la amistosa cercanía que mantuvo con muchos de ellos; sus ayudas a todos los perseguidos que

acudieron él; su intervención en el homenaje que la universidad tributó a Ortega y Gasset tras su fallecimiento; y sus declaraciones críticas hacia la dictadura en la prensa extranjera, conformaron una conducta liberal excepcional en aquellos tiempos» (silenciando, en cambio, sus conocidas declaraciones favorables a Franco en esa misma prensa extranjera). En 1983, con motivo de los actos del centenario de Ortega y Gasset, *El País* afirmaba igualmente que «la España de los años ochenta se sustenta en buena medida sobre los valores bosquejados y defendidos por el hoy homenajeado a lo largo de su existencia».

Y en cuanto al exilio republicano, ¿cuál fue su lugar en el proceso de modernización y futuro cambio político en España? El movimiento de recuperación de la memoria histórica denuncia su escaso reconocimiento público y su irrelevancia política durante la Transición, y lo interpreta como una prueba más de las servidumbres de la democracia hacia la dictadura. En palabras de Mari Paz Balibrea,

servió los intereses de una Transición levantada, primero, sobre el olvido político de un pasado republicano que consistentemente se construyó como caótico y fatalmente abocado al enfrentamiento bélico, y segundo sobre el soslayamiento de que el estado democrático se sostenía sobre las bases ni mucho menos desmanteladas del autoritario que le había precedido.

Además, siempre según la misma autora, esa ausencia habría reforzado «una verdad a medias sobre la que se construyó la Transición: la de que el pensamiento resistente antifranquista que importaba era el del interior al ser el único determinante en la pervivencia de la voluntad democrática». Sin embargo, de manera bastante contradictoria, Balibrea denuncia también la recuperación del exilio como una parte normalizada de la nación, como si la dictadura hubiera sido sólo un largo paréntesis, privilegiando una visión unidireccional del camino intelectual a la democracia.

Es cierto que durante la Transición y los años de gobiernos socialistas el exilio fue objeto de un reconocimiento simbólico fragmentado y poco sistemático, en lo que Abdón Mateos ha definido como políticas de la memoria de «baja intensidad», pero también lo es que «se ha convertido desde, al menos, los años noventa en una verdadera cuestión de Estado, en referencia central de la cultura política de la España democrática, mucho más que la voz antifranquismo», como apunta el mismo autor. Casi parece más bien que el exilio ha suplantado la memoria del antifranquismo, más identificado con el PCE que con el PSOE, y demasiado contaminado por la herencia de la violencia y el terrorismo para ser integrado en el discurso reconciliador de la Transición. Una recuperación en la que ha predominado la obra intelectual del exilio «sobre otras dimensiones políticas más conflictivas, como pudo serlo la reivindicación de la legitimidad republicana», escribe Mateos.

Por su parte, Jordi Gracia ha respondido con una visión más atenta a la diversidad del exilio, cuya unidad no dejaría de ser una ficción, constatando que sus posibilidades reales de intervención en la política española «se agotaron por razones políticas pero también de pura consunción biológica y de anacronía o desfase histórico». Frente a las visiones indulgentes o mitificadoras del exilio, ha escrito que «sería demasiado cruel, incluso para una democracia canibal, que a la represión franquista le siguiese la compasiva indulgencia democrática», que los exiliados no tuvieron «ni consigo mismo ni entre ellos».

Sabemos que las posiciones de los intelectuales exiliados hacia la cambiante realidad española fueron muy distintas, entre los tempranos contactos de algunos de ellos con intelectuales de la dictadura, las llamadas a la reconciliación de sectores como el representado por la revista *Diálogo de las Españas* y la crítica hasta el final de autores como Max Aub o Eduardo Nicol. Ni siquiera las relaciones con el antifranquismo interior

estuvieron exentas de malentendidos e incomprensiones, sobre todo a causa de la presunta falta de interés que los jóvenes intelectuales de la nueva izquierda mostraban hacia el pasado, si bien fueron ellos los que pronto iniciarían la recuperación intelectual de ese pasado. A algunos exiliados, como Francisco Ayala, les sorprendió en cambio la conexión de los jóvenes españoles con sus coetáneos europeos pese a la campana de cristal donde el régimen se empeñaba en encerrarles.

En suma, el debate sobre el exilio se sitúa hoy en dilucidar el alcance de lo hecho y por hacer en cuanto a su reparación simbólica y, al mismo tiempo, en conjurar el peligro de su conversión en una especie de «lugar de la memoria», tanto por quienes lo desproblematizan y despolitizan para erigirlo en un patrimonio nacional sobre el que edificar la democracia, como por quienes tratan de levantar sobre él un mito para reivindicar su presunto legado político (así como, por supuesto, quienes pretenden hacer de él una imagen en negativo para condenarlo). La construcción de un «lenguaje civil» que respete tanto la complejidad de los hechos y la pluralidad de memorias en la transmisión de los valores democráticos, valiéndose precisamente de su historicidad, es un reto para el futuro, aunque hoy parezca todavía más lejano.

Intelectuales entre revolución, democracia y consumo

En verdad no deja de ser paradójico que la crítica al liberalismo político, la socialdemocracia y el bienestar económico en que se fundaban las sociedades europeas de la posguerra, que cobró fuerza durante los años sesenta entre los intelectuales europeos, se superpusiera en España a la lucha contra la dictadura y por la restauración de las libertades democráticas. El discurso resultante era por fuerza contradictorio, aunque pocas veces superara los estrechos límites de los grupos movilizados de estudiantes e intelectuales, sin alcanzar una influencia real sobre movimientos sociales más amplios, en particular el movimiento obrero. Se desarrolló así en los años sesenta, bajo un régimen de censura de prensa con ciertas garantías jurídicas desde 1966, una cultura progresista que al mismo tiempo que combatía por las libertades contra una dictadura superviviente de los años de ascenso del fascismo, condenaba la democracia parlamentaria y la sociedad del bienestar como un nuevo fascismo encubierto.

El conflictivo panorama internacional, en especial tras los movimientos del 68, parecía confirmar además la crisis de la democracia parlamentaria. Las reflexiones sobre los límites de la democracia, sobre su crisis y sobre los medios para adaptarla a los nuevos tiempos ocuparon buena parte de los debates teóricos de los intelectuales antifranquistas, como durante años habían ocupado a los franquistas. Y si estos últimos buscaron las soluciones en la tecnocracia o el presidencialismo, con la vista puesta en la V República francesa, aquéllos giraron en torno a la distinción léxica entre «democracia formal» y «democracia real» o económica, en el marco de otro conflicto político-epistemológico, el que enfrentaba «razón analítica» o mecánica y «razón dialéctica», sobre el que escribió Tierno Galván. Porque en ese proceso de «reconstrucción de la razón» –interpretado por Elías Díaz desde una perspectiva política y por José-Carlos Mainer desde un enfoque cultural en sus respectivas contribuciones– los intelectuales antifranquistas maduraron su compromiso político al mismo tiempo que una carrera académica e intelectual. Muchos se familiarizaron durante esos años con las nuevas ciencias sociales y orientaron sus pasos hacia la sociología, la economía y la ciencia política, mientras trataban de desmontar el nuevo relato de la tecnocracia y la «ideología del fin de las ideologías», que decía fundarse

en las mismas bases analíticas sobre las que ellos, por el contrario, pretendía transformar la sociedad.

Superada la fase de mayor radicalismo y división entre los años 1968 y 1974, la mayor parte de los intelectuales antifranquistas convergieron hacia el objetivo común de una democracia homologable a las europeas occidentales en parámetros como la separación de poderes, el pluripartidismo, el parlamentarismo, las garantías jurídicas y los derechos humanos, la libertad sindical, de expresión y de conciencia, o la descentralización territorial. Un lugar al que gran parte de los exiliados había llegado mucho antes. De manera que las utopías revolucionarias de ayer son contempladas hoy como un pecado de juventud, venial sí, justificable incluso por las circunstancias y el «espíritu de la época», pero en ningún caso reivindicable. Además, la ambigüedad hacia la violencia, aunque no pasara del discurso teórico o fuera muy pronto rectificada, parece haber contaminado a posteriori la presunta virginidad de esas utopías, como si el terrorismo nacionalista y de extrema izquierda tuviera efectos retroactivos, y la oposición antifranquista hubiera sido culpable de sembrar esa semilla envenenada para la democracia.

Por otra parte, la centralidad del marxismo, las reflexiones sobre la violencia revolucionaria y la concepción instrumental de la democracia en la cultura progresista de esos años han sido utilizadas en los últimos años para sustentar una «antimemoria del antifranquismo» entre los medios de la derecha neoliberal y «neocon» que, desde los años noventa, han arrebatado a la izquierda su hegemonía intelectual, o al menos mediática. Una hegemonía que parece contradictoria, sin embargo, como ya señalara José Vidal-Beneyto, con la actitud evasiva de los intelectuales hacia su propia «historificación», de forma tan diferente a la de otras resistencias europeas al fascismo. Por poner un ejemplo, una búsqueda por la voz «antifranquismo» en los fondos de la Biblioteca Nacional de España arrojaba en diciembre de 2010 sólo once resultados, muy por debajo de los setenta encontrados para la voz «antifascismo», en gran parte publicados durante los años treinta, o de las casi tres mil obras contabilizadas recientemente en Italia con el antifascismo como tema central.

En este sentido, creo que hay dos factores a tener en cuenta para un análisis de los itinerarios intelectuales, la memoria de la cultura antifranquista y exiliada como raíz de la democracia, y el resurgimiento mediático de las derechas en los años noventa. El primero de ellos es la supervivencia de una cultura –y de una cultura política– fuertemente condicionada por los mecanismos de socialización de la dictadura, que habrían ejercido mayor influencia de la que suele reconocerse en campos culturales mayoritarios, comerciales y apolíticos, frente a los espacios intelectuales críticos, con mayor prestigio académico y «capital simbólico», si usamos la terminología de Bourdieu, que acabarían siendo ocupados por las izquierdas. Es habitual hablar de «derrota cultural» del franquismo –lo hace José-Carlos Mainer en este mismo dossier– y hasta los propios intelectuales franquistas –caso de un Emilio Romero o un Gonzalo Fernández de la Mora– admitieron el agotamiento de su discurso y su mermada capacidad para dar respuestas a las crecientes demandas culturales de la sociedad española desde los años sesenta. Pero queda aún por estudiar las complejas relaciones ya señaladas hace más de cuarenta años por Umberto Eco –y para el caso español por Manuel Vázquez Montalbán– entre los distintos niveles culturales, y su renovación en el tiempo. Solo así podrían explicarse fenómenos en apariencia sorprendentes, como los éxitos de ventas del escritor Vizcaíno Casas en los años setenta o del publicista neofranquista Pío Moa más recientemente.

El otro tema que ayudaría a entender mejor el también sorprendente renacer de un empeño «gramsciano» de la cultura de derechas dos décadas después de la muerte de Franco es el

nacional, es decir, la importancia que la convivencia y desafío de varios nacionalismos en el mismo territorio ha tenido desde principios del siglo pasado en la ubicación y la trayectoria de muchos intelectuales. Desde esta perspectiva, el debate sobre el «problema de España» no sería una obsesión intelectual ya superada, sino que permanecería, si bien con tonos algo menos ontológicos, como un tema clave para el estudio de los intelectuales hasta la actualidad.

Los intelectuales en la Transición

De hecho, la contribución de los intelectuales a la transición a la democracia, entre 1975 y 1986, ha sido objeto de interpretaciones mucho más discordantes de lo que podría en principio suponerse. Se les ha acusado de entregarse al poder, o al menos de esperararlo en la antesala, y al mismo tiempo de cultivar un criticismo exagerado, tan dogmático como alejado de la realidad, así como de asimilarse a una cultura superficial, dictada por las necesidades del mercado, o por el contrario, de empecinarse en una producción minoritaria y elitista. En su texto para este monográfico, Santesmases nos recuerda que sin la palabra aportada por los intelectuales no podemos entender ni el éxito del PSOE en los años ochenta, ni el paralelo desconcierto de la derecha conservadora, ni el desasosiego del mundo católico, ni la ausencia de representación política del liberalismo progresista. También señala con acierto la enorme importancia del diario *El País*, en cuyas páginas se jugaron muchos de los contenciosos intelectuales del período, como productor de legitimación social (y su correlato opuesto, la importancia de la lucha contra *El País* en el campo periodístico e intelectual). A esto habría que sumar el nuevo papel político y cultural desempeñado por la televisión y la radio, como ha destacado el sociólogo Juan Pecourt en su contribución al dossier.

El prestigio ganado por los intelectuales gracias a su activismo en la lucha contra la dictadura de Franco, así como su función de referencia ética, les otorgaba una posición destacada como guías en el proceso de cambio social, sobre todo a través de sus intervenciones públicas en la prensa. Sin embargo, fenómenos como la desideologización, el cuestionamiento del intelectual universal o el desarrollo del mercado cultural determinaron su propia evolución durante esos años. Esa transición de los intelectuales dentro de la Transición estuvo marcada por una paradoja: la democracia exigía el sacrificio del antifranquismo, no sólo en nombre de la reconciliación, sino también de una alternativa viable de poder de la izquierda. De esa polémica cultural y de ese conflicto político se alimentó el llamado «desencanto».

Así, la dialéctica franquismo-antifranquismo pasó a verse como ajena a la «sociedad civil», según una de las tesis sobre la transición a la democracia que más éxito ha cosechado, la del sociólogo Víctor Pérez Díaz. La sociedad, considerada en su conjunto, habría iniciado desde mucho antes un proceso de cambio social, cultural y económico que la habría llevado a posiciones semejantes a las del resto de Europa, por eso las élites dirigentes eran vistas como ganadoras cuando traducían a la política esas exigencias sociales de moderación, orden y cambio pacífico, y los intelectuales como rezagados cuando insistían en viejas dialécticas o utopías. Al final el antifranquismo se valoró no sólo como antítesis del franquismo, sino también como su indeseada consecuencia. Esa contaminación podía rastrearse, en opinión de los propios intelectuales antifranquistas, como Javier Pradera, en comportamientos poco democráticos como la eliminación del diálogo, la tendencia a la

intriga, la insegura aplicación de las leyes, la ausencia de estímulos a la responsabilidad o una gramática de la política como ocupación del poder.

Pero la polémica intelectual entre franquismo y antifranquismo fue también la punta del iceberg de un combate subterráneo por hacer viable una alternativa de poder de la izquierda, representada por el PSOE y, en menor medida, por el PCE. Intelectuales vinculados de una u otra manera a estos partidos criticaron la pretensión intelectual de ponerse por encima de la confrontación política en nombre de una ética universal o, en términos weberianos, su «ética de la convicción», que podía haber justificado la lucha contra la dictadura, frente a una cada vez más necesaria «ética de la responsabilidad». El antifranquismo se identificó entonces con un pasado que debía pasar para dejar sitio al futuro, verdadero espacio de la política.

Frente al intelectual concebido por Aranguren como «vigilante de los vigilantes», que sabe decir «no» y mantiene un absoluto desapego del poder y la lucha política, Claudio Guillén, Ignacio Sotelo, José Luis Abellán, Elías Díaz, Fernando Morán o Joaquín Leguina contrapusieron la necesidad de un compromiso político, si bien muy alejado de la figura del «intelectual orgánico» superado por los tiempos. En ese debate, también la actitud ácrata o neoneietzscheana de pensadores como Fernando Savater, con su *Panfleto contra el Todo* (1978), fue acusada de hacer el juego a la reacción y de inclinaciones neofascistas, mientras que la famosa pero malinterpretada frase de Vázquez Montalbán, «contra Franco vivíamos mejor» —escrita originalmente entre signos de interrogación— se convertía en el blanco de todas esas críticas.

La aplastante victoria del PSOE en las elecciones de octubre de 1982 sería apoyada en vísperas por un manifiesto titulado «Por el cambio cultural», publicado en *El País* y que encabezaban las firmas de viejos intelectuales liberales y exfranquistas como Vicente Aleixandre, Aranguren, Antonio Tovar, Laín Entralgo, Ruiz-Giménez, Torrente Ballester o José Antonio Maravall, junto a las de otros trescientos conocidos escritores, profesores, periodistas, artistas, cantautores, actores y actrices del momento, algo que se convertiría en habitual en adelante. Pronto llegarían nuevos motivos de disenso, como el referéndum sobre la permanencia en la OTAN, pero con el ascenso de los socialistas al poder parecía terminar una época de intenso debate, incertidumbre creativa y efervescencia intelectual, lo que Mainer ha llamado «la transición como cultura». A partir de entonces se afianzarían los movimientos centrípetos que condujeron a unos intelectuales al centro de la visibilidad pública mientras otros quedaban relegados en sus márgenes, aunque paradójicamente ello les permitiría en ocasiones enlazar mejor con nuevos movimientos sociales como el ecologismo o el antimilitarismo.

Un fenómeno indisociable de la concentración empresarial de la cultura y el surgimiento de grandes grupos mediáticos, así como de la renovada acción cultural del Estado y las autonomías, un panorama que traducía en español lo que Marc Fumaroli llamó el «Estado cultural». De este modo, y una vez más, el tema nacional iba a resultar determinante en los nuevos alineamientos políticos de los intelectuales durante los años siguientes. Santos Juliá se ha preguntado en qué medida la financiación de la producción cultural por los diversos nacionalismos «ha contribuido a modificar no ya su función sino su propia obra». Un interrogante al que la crisis actual, con su enorme caída de las inversiones en cultura, quizás da alguna respuesta. Quizás es hoy más cierta que nunca la reflexión de Jacques Rancière: «Actuar con el pensamiento es propio de todos, por ende, de nadie en particular [...] En este sentido, nadie tiene derecho a hablar como intelectual, lo que equivale a decir que todo el mundo lo es».

Bibliografía utilizada

- ABELLAN, José Luis, «La función del pensamiento en la Transición política», en *España, 1975-1980: conflictos y logros de la democracia*, Madrid, Porrúa, 1982, p. 25-39.
- ARANGUREN DELATOR FRANQUISTA: www.filosofia.org/bol/not/bn006.htm.
- ARANGUREN, José L. L., «El intelectual y la vigilancia de la vigilancia», *El País*, 18 de julio de 1976.
- BALIBREA, María Paz, *Tiempo de exilio. Una mirada crítica a la modernidad española desde el pensamiento republicano en el exilio*, Montesinos, Barcelona, 2007.
- BAÑULS SOTO, Fernando, *La reconstrucción de la razón: Elías Díaz, ante la ética y la política*, tesis doctoral, Universidad de Alicante, 2004.
- BELARDELLI, Giovanni, *Il Ventennio degli intellettuali. Cultura, politica, ideologia nell'Italia fascista*, Roma-Bari, Laterza, 2005.
- BENET, Juan, *Otoño en Madrid hacia 1950*, Madrid, Alianza, 1987.
- BOTTI, Alfonso, *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza, 2008.
- BOX, Zira, *España año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza, 2010.
- CASTILLA DEL PINO, Carlos, «Democracia: una primera expectativa», *El País*, 24 de junio de 1977.
- CHUECA, Ricardo, «FET y de las JONS: la paradójica victoria de un fascismo fracasado», en FONTANA, Josep (ed.), *España bajo el franquismo*, Madrid, Crítica, 1986, p. 60-77.
- COSTA PINTO, Antonio, «Decisión política y élite ministerial en las dictaduras de la época del fascismo», *Historia y Política*, 7, 2002, p. 147-180.
- DE BERNARDI, Alberto, *Discorso sull'antifascismo*, Bruno Mondadori, Milán, 2007.
- DE LA CUADRA, Bonifacio, «Fallece Ruiz-Giménez, el líder democristiano excluido de la Transición», *El País*, 28 de agosto de 2009.
- DE LOS RÍOS, César Alonso, *Yo tenía un camarada. El pasado franquista de los maestros de la izquierda*, Altera, Madrid, 2007.
- DÍAZ, Elías, «El dulce encanto del desencanto», *El País*, 29 de junio de 1980.
- DÍAZ, Elías, «La ideologías de (sobre) la transición», en TEZANOS, J. Félix; COTARELO, Ramón y DE BLAS, Andrés (eds.): *La transición democrática española*, Madrid, Sistema, 1989, p. 757-783.
- DÍAZ, Elías, *De la institución a la constitución. Política y cultura en la España del siglo XX*, Madrid, Trotta, 2009.
- DÍAZ, Elías, *Los viejos maestros: la reconstrucción de la razón*, Alianza, Madrid, 1994.
- DÍAZ, Onésimo, *Rafael Calvo Serer y el grupo «Arbor»*, Valencia, PUV, 2008.
- EXPOSICIÓN, *Marañón, 1887-1960. Médico, humanista y liberal*, Biblioteca Nacional de España, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y Fundación Gregorio Marañón; comisario Juan Pablo Fusi.
- DOMÍNGUEZ RAMA, Ana (ed.), *Enrique Ruano. Memoria viva de la impunidad del franquismo*, Madrid, Editorial Complutense, 2011.
- FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo, *El crepúsculo de las ideologías*, Madrid, Rialp, 1965.
- FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo, *El Estado de obras*, Madrid, Doncel, 1976.

- FONT AGULLÓ, Jordi, «Entre el souvenir memorial y la construcción de una historia crítica de la memoria», *Mientras Tanto*, 97, invierno 2005, p. 80.
- FORO COMPLUTENSE: «Escritores en la Biblioteca: Benjamín Prado», 8 de febrero de 2007, en www.ucm.es/info/fgu.
- GALLEGO, Ferrán y MORENTE, Francisco (eds.), *Fascismo en España*, Barcelona, El Viejo Topo, 2005.
- GALLEGO, Ferrán, «Construyendo el pasado. La identidad del 18 de Julio y la reflexión sobre la historia moderna en los años cuarenta», en GALLEGO, Ferrán y MORENTE, Francisco (eds.), *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa (1914-1956)*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011 (en prensa).
- GARCÍA, Hugo, *Mentiras Necesarias: la Batalla por la Opinión Británica durante la Guerra Civil*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.
- GARCÍA SANTESMASES, Antonio, «¿Eran de barro nuestros maestros? (Sobre las raíces morales e intelectuales de la oposición política al franquismo)», *Isegoría*, 31, 2004, p. 255-265.
- GARCÍA SANTESMASES, Antonio, «La actualidad política del pensamiento de Laín Entralgo», *Sistema*, 210, mayo 2009, p. 99-112.
- GENTILE, Emilio, *La vía italiana al totalitarismo. Il partito e lo Stato nel regime fascista*, Roma, La Nova Italia Scientifica, 1995 (traducción española: *La vía italiana al totalitarismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006).
- GIRALDO, Conrado, «Pedro Laín Entralgo como historiador: un análisis de la generación y de la biografía como argumentos para la conciliación», *Azafea. Revista Filosófica*, 10, 2008, p. 179-198.
- GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, «Salvador de Madariaga, pensador político», *REP*, 66, octubre-diciembre 1989, p. 145-182.
- GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, «Tecnocracia, cosmopolitismo y ocaso de la teología política en la obra de Gonzalo Fernández de la Mora», en TUSELL, Javier (ed.), *El Régimen de Franco (1936-1975)*, Madrid, UNED, 1993, p. 11-34.
- GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, *El pensamiento político de la derecha española en el siglo XX. De la crisis de la Restauración al Estado de partidos (1898-2000)*, Madrid, Tecnos, 2005.
- GRACIA, Jordi y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001.
- GRACIA, Jordi, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Anagrama, Barcelona, 2004.
- GRACIA, Jordi, *A la intemperie. Exilio y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2010.
- ISNENGHI, Mario, *Intellettuai militanti e intellettuai funzionari. Appunti sulla cultura fascista*, Turín, Einaudi, 1979.
- JULIÁ, Santos, «¿Falange liberal o intelectuales fascistas?», *Claves de la razón práctica*, 121, abril 2002, p. 4-13.
- JULIÁ, Santos, «Intelectuales en democracia, entre el silencio y la dispersión», *El noticiero de las ideas*, 18, 2004, p. 39-49.
- JULIÁ, Santos, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004.
- LA ROVERE, Luca, «Los intelectuales italianos y la transición al posfascismo», en MUÑOZ SORO, Javier (ed.), *Los intelectuales en la Transición*, *Ayer*, 81, 1/2011, p. 109-143.

- LA ROVERE, Luca, *L'eredità del fascismo. Gli intellettuali, i giovani e la transizione al postfascismo, 1943-1948*, Turín, Bollati Boringhieri, 2008.
- LACASTA ZABALZA, José Ignacio, «Ortega y Gasset y la memoria antifranquista», *Sistema*, 147, 1998, p. 61-78.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro, «El recuerdo de Dionisio Ridruejo», *El País*, 9 de julio de 1978.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro, «Sobre la convivencia en España», *El País*, 7 de mayo de 1980.
- LAÍN MARTÍNEZ, Pedro, «Difamación de Laín Entralgo y Ridruejo», *El Mundo*, 19 de febrero de 1991.
- LÓPEZ PINA, Antonio (coord.), *La generación del 56*, Madrid, Marcial Pons, 2010.
- LÓPEZ PINA, Antonio, «La interpretación y el procesamiento de la historia de España», *Sistema*, 214, enero 2010, p. 29-50.
- MADARIAGA, Salvador de, *Anarquía o Jerarquía*, Madrid, Aguilar, 1970, 1ª ed. 1935, citado en BOBILLO DE LA PEÑA, Francisco J., *La realidad como problema. Estudios sobre intelectuales y política*, Madrid, Tecnos, 1999, p. 150.
- MAINER, José Carlos y JULIÁ, Santos, *El aprendizaje de la libertad 1973-1986*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.
- MAINER, José Carlos, «La cultura de la Transición o la Transición como cultura», en MOLINERO, Carme, *La Transición treinta años después. De la dictadura a la instauración y consolidación de la democracia*, Barcelona, Península, 2006, p. 153-183.
- MAINER, José Carlos, «Los intelectuales de izquierda: un sentimiento en crisis», en PÉREZ LEDESMA, Manuel, dossier *Las izquierdas en la España democrática, Historia y Política*, 20, julio/diciembre 2008, p. 159-181.
- MANGINI, Shirley, *Rojos y rebeldes. La cultura de la disidencia durante el franquismo*, Barcelona, Anthropos, 1987.
- MANIFIESTO, «Por el cambio cultural», *El País*, 25 de octubre de 1982.
- MARCO, José María, «Maestro de liberales», *El Mundo*, 8 de abril de 1998.
- MARÍAS, Julián, «¿Por qué mienten?», *ABC*, 16 de enero de 1997.
- MARÍAS, Julián, «La confesión histórica», *El País*, 22 de junio de 1976.
- MARÍAS, Julián, «La Vegetación del Páramo», *La Vanguardia Española*, 19 de noviembre de 1976.
- MARTÍN GIJÓN, Mario, *Los (anti)intelectuales de la derecha en España*, Barcelona, RBA, 2011.
- MARTÍNEZ TEN, Carmen, GUTIÉRREZ LÓPEZ, Purificación y GONZÁLEZ RUIZ, Pilar (eds.) *El movimiento feminista en la España de los años 70*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2009.
- MATEOS, Abdón, *Historia del antifranquismo*, Barcelona, Flor del Viento, 2011.
- MOA, Pío, «Antifranquistas ¿Quién no es mejor que su propia biografía?», *Libertad Digital*, 3 de enero de 2010.
- MOA, Pío, «La enfermedad del antifranquismo retrospectivo», *Libertad Digital*, 4 de noviembre de 2005.
- MOA, Pío, «Un autorretrato del antifranquismo», *Libertad Digital*, 18 de octubre de 2002.
- MOLINERO, Carme, *La captación de las masas: política social y propaganda en el régimen franquista*, Madrid, Cátedra, 2005.

- MORÁN, Fernando, «¿Cambio político sin transformación cultural?», *El País*, 5 de abril de 1979.
- MORÁN, Gregorio, *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Barcelona, Tusquets, 1998.
- MORENTE VALERO, Francisco, «Más allá del páramo. La historia de los intelectuales durante el franquismo», en FRÍAS, Carmen; LEDESMA, José Luis y RODRIGO, Javier, *Reevaluaciones*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2011 (en prensa).
- MORET, Xavier, «Entrevista con M. Vázquez Montalbán», *El País*, 26 de octubre de 1992.
- MORODO, Raúl, *La Transición española*, Madrid, Tecnos, 1984.
- MUÑOZ SORO, Javier, *Cuadernos para el Diálogo. Una historia cultural del segundo franquismo, 1963-1976*, Madrid, Marcial Pons, 2006.
- MUÑOZ SORO, Javier (ed.), dossier *Intelectuales y segundo franquismo, Historia del Presente*, 5, 2005.
- MUÑOZ SORO, Javier y BABY, Sophie, «El discurso de la violencia en la izquierda durante franquismo y la transición a la democracia», en MUÑOZ, Javier; LEDESMA, José Luis Ledesma y RODRIGO, Javier (eds.), *Culturas y políticas de la violencia*, Madrid, Siete Mares, 2005, p. 279-304.
- MUÑOZ SORO, Javier, «Sin Complejos: las nuevas derechas españolas y sus intelectuales», *Historia y Política*, 18, 2/2007, p. 129-164.
- MUÑOZ SORO, Javier (ed.), dossier *Los intelectuales en la Transición, Ayer*, 81, 1/2011.
- ORTEGA DÍAZ-AMBRONA, Juan Antonio, «Inventor del diálogo, precursor del consenso», *El País*, 28 de agosto de 2009.
- PAXTON, Robert O., *Anatomía del fascismo*, Barcelona, Península, 2005.
- PECES-BARBA, Gregorio, «Un soñador para un pueblo», *El País*, 28 de agosto de 2009.
- PECES-BARBA, Gregorio, *Persona, Sociedad, Estado. Pensamiento social y político de Maritain*, Madrid, Edicusa, 1972.
- PECOURT, Juan, *Los intelectuales y la transición política. Un estudio del campo de las revistas políticas en España*, Madrid, CIS, 2008.
- PEÑALVA, Joaquín Juan, «Descargos, diarios y palinodias: algunos ejemplos de literatura memorialística en la generación del 36», *Anales de Literatura Española*, 14, 2000-2001, p. 97-133.
- PÉREZ DÍAZ, Víctor, «Un análisis de las elecciones: Negociación, a los 40 años impotencia política» y «Una salida honorable del franquismo», *El País*, 17 y 19 de julio de 1977.
- PÉREZ DÍAZ, Víctor, *La lezione spagnola. Società civile, politica e legalità*, Il Mulino, Bolonia, 2003.
- PÉREZ DÍAZ, Víctor, *La primacía de la sociedad civil*, Madrid, Alianza, 1993.
- PLATA, Gabriel, *De la revolución a la sociedad de consumo: ocho intelectuales en el tardofranquismo y la democracia*, Madrid, UNED, 2010.
- PRADERA, Javier, «Los hijos de los vencedores», *El País*, 20 de enero de 1977.
- PRADO, Benjamín, *Mala gente que camina*, Santillana, Madrid, 2006.
- RAMÍREZ, Pedro J., «Regenerar nuestra democracia», *Diario 16*, 23 de junio de 1980.
- RIDRUEJO, Dionisio, «Excluyentes y comprensivos», *Revista*, 17 de abril de 1952.
- RIDRUEJO, Dionisio, *Casi unas memorias*, Barcelona, Península, 2007.

- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio, *Literatura fascista española*, Akal, Madrid, 1986.
- SÁNCHEZ DRAGÓ, Fernando, «El poder y la gloria: Aquí ha llegado el desencanto porque nos falta la gloria», *Diario 16*, 23 de junio de 1980.
- SAVATER, Fernando, «Polémica. La lucha contra el Todo», *Triunfo*, 811, 12 de agosto de 1978, p. 44-45.
- SAVATER, Fernando, *Panfleto contra el Todo*, Barcelona, Dopesa, 1978.
- SAZ, Ismael, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003.
- SAZ, Ismael, «Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados», *Ayer*, 68, 4/2007, p. 137-613.
- SESMA LANDRÍN, Nicolás, «El republicanismo en la cultura política falangista. De la Falange fundacional al modelo de la V República francesa», *Espacio, Tiempo y Forma*, 18, 2006, p. 261-283.
- SESMA LANDRIN, Nicolás, *Antología de la «Revista de estudios políticos»*, Madrid, Boletín Oficial del Estado-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009.
- SOTELO, Ignacio, «Dionisio Ridruejo y la salida del franquismo», *El País*, 9 de julio de 1978.
- SOTELO, Ignacio, «Panfleto contra el Todo», *Triunfo*, 810, 5 de agosto de 1978, p. 53-55.
- TIERNO GALVÁN, Enrique, *Cabos sueltos*, Bruguera, Barcelona, 1981.
- TUSELL, Javier, «Balance de dos años. El General Franco, dos años después», *El País*, 23 de noviembre de 1977.
- TUSELL, Javier; GENTILE, Emilio y DI FEBBO, Giuliana (eds.), *Fascismo y franquismo. Cara a cara*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004.
- UMBRAL, Francisco, *Leyenda del César Visionario*, Barcelona, Seix Barral, 1991.
- VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco, *La filosofía española: herederos y pretendientes*, Madrid, Abada Editores, 2009.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, «Sobre la memoria de la oposición antifranquista», *El País*, 26 de octubre de 1988.
- ZANGRANDI, Ruggero, *Il Lungo viaggio attraverso il fascismo. Contributo alla storia di una generazione*, Turín, Einaudi, 1948.